

LA PANDEMIA, DIOS Y EL MUNDO MODERNO

The pandemic, God and the modern world

*José Ignacio González Faus **

* José Ignacio González Faus (Valencia, 27 de diciembre de 1933) es un jesuita, profesor y teólogo español. Licenciado en filosofía (Barcelona, 1960), fue ordenado sacerdote el 28 de julio de 1963 y posteriormente se doctoró en Teología en la universidad austríaca de Innsbruck en 1968. Anteriormente cursó estudios en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma (1965-66) y desde 1968 es profesor de Teología Sistemática en la Facultat de Teologia de Catalunya¹ (Barcelona). Además, desde 1980 ofrece regularmente clases en la Universidad Centroamericana (UCA) en San Salvador y ha viajado como profesor invitado a distintos países de América Latina (México, Brasil, Uruguay, etc.). De 1968 a 1977 fue director de la revista *Selecciones de Teología*² y desde 1981 al 2005, responsable académico del área centro de estudios sociales y teológicos *Cristianisme i Justícia* de Barcelona. En la actualidad continúa siendo miembro del Área Teológica de dicho centro.

Una reciente encuesta del Pew Research Center en Estados Unidos, arroja un dato que en Europa llamará la atención: son muchos más los creyentes a los que la pandemia les ha fortalecido la fe, a pesar de estar las iglesias cerradas (“their religious faith has become stronger”) que aquellos a quienes se la ha puesto en cuestión (“has become weaker”): solo un 2% frente a un 24% de media en los otros).

A estos segundos habría que acusarles de una ignorancia egoísta: porque antes de la pandemia tenían mil datos para cuestionar su fe: desde el terremoto de Lisboa hasta la barbarie de Auschwitz. Su crisis, por tanto, refleja sobre todo el egoísmo de su presunta fe. En el caso de los primeros puede surgir la pregunta de si no se repite aquel viejo verso del poeta latino Lucrecio: “timor fecit Deus” (el miedo creó a los dioses). Y, aunque aquí no podemos juzgar casos individuales concretos, creo que, desde el punto de vista cultural, hay tres razones que hoy cuestionarían la afirmación de Lucrecio.

Tres lecciones a no olvidar

1. Poder y fragilidad.

En primer lugar, lo que ha hecho la covid es poner en cuestión la sensación de casi omnipotencia, típica de la Modernidad, y distinta de aquella sensación de indefensión típica de la antigüedad. Formularíamos mejor que Lucrecio si decimos que, pese al enorme poder conquistado por el género humano a lo largo de su historia, “*la existencia humana es una existencia amenazada*”. No es una existencia indefensa, por supuesto, sino llena de poder, pero ese poder no consigue eliminar su fragilidad¹.

Nos creíamos dioses y nos hemos descubierto vulnerables. Nuestra complaciente sensación de poder y de fe en la ciencia, se ha visto puesta en cuestión por un minúsculo bichito inesperado que ni siquiera sabemos todavía

¹ Ya hace años, en *Literatura del s. XX y cristianismo*, Ch. Moeller contaba la anécdota de una discusión en los comienzos del comunismo ateo, en la cual alguien preguntó qué le dirá el comunismo a la madre que ha perdido a su hijo en un accidente de tráfico. Y la respuesta fue; “en un sistema de transportes bien socializado, no existirán accidentes”...

de dónde ha salido. La ciencia es útil, pero no omnipotente: requiere su tiempo; y podrá frenar la amenaza pero no ha podido impedir la cantidad de víctimas que ya acumulamos. Las vacunas han sido más rápidas que antaño, pero son aún imperfectas: no consiguen impedir las mutaciones del virus y ya se habla de que necesitaremos una tercera dosis.

Si se me permite un recuerdo personal, tengo una amiga obrera, admirable por su bondad y no creyente, que muchas veces me había preguntado: “¿cómo sabes tú que existe Dios? ¿Le has visto acaso?” No podía responderle que si yo le viese, aquello ya no sería Dios, porque no podría entender esa respuesta. Cuando por fin consiguió comprarse un piso modesto, fruto de su trabajo, e independizarse de sus padres, vino a pedirme, para sorpresa mía, que fuera un día a bendecírsele. Le pregunto para qué quiere bendiciones una atea y me responde sencillamente: “por si acaso, para que no me entren malos espíritus”... Puede ser una formulación de persona con pocos estudios, pero refleja esa sensación de amenaza a nuestras vidas a que antes aludí, y que persiste pese al enorme poder que hoy tenemos. Luego de hablar con ella pensé en las sensaciones de miedo típicas de la infancia (a la oscuridad, a quedarse solos...), que son innatas y reflejan de manera intuitiva ese componente de limitación de nuestro existir.

Hoy ya no necesitamos crear a los dioses para que nos liberen de peligros: para eso están nuestra inteligencia, nuestra ciencia y nuestras tecnologías. Por eso ha perdido fuerza hoy la argumentación de Lucrecio. Lo que nos ha recordado la pandemia es que, a pesar de nuestro admirable poder, nuestra existencia sigue siendo una existencia amenazada: porque, tras cada amenaza vencida, surgen amenazas nuevas; y cada problema que la ciencia resuelve, suele plantar nuevas preguntas. Y si un día se acabaran las preguntas y no quedara nada nuevo por conquistar, dejaríamos de ser humanos² y nos quedaría en pie

² Siempre me llamó la atención cómo concluía aquel manifiesto triunfal (*El fin de la historia*) que publicó F. Fukuyama tras la caída del comunismo: “el fin de la historia será un momento *muy triste*... La voluntad de arriesgar la propia vida por una meta abstracta, la lucha ideológica a escala global que exigía audacia, coraje, imaginación e idealismo”..., todo eso habrá desaparecido, y la vida humana será mera

la pregunta por todas aquellas víctimas que se quedaron en el camino y gracias a las cuales “disfrutamos” nosotros de esa supuesta meta.

Eso podría llevarnos a recuperar la vieja definición de J. P. Sartre: “el hombre es una pasión inútil”. Pero, más lógicamente, debe llevarnos a la cuestión que he planteado otras veces: ¿somos una pasión inútil o una pasión esperanzada? Esa pregunta nos constituye y la pandemia ha vuelto a ponérsela sobre la mesa.

2. Maldad humana.

En segundo lugar, la pandemia ha vuelto a poner ante nuestros ojos otro detalle al que la Modernidad había preferido no mirar: *la existencia humana es una existencia maleada (por no decir perversa)*. Y ese mal actúa muchas veces convirtiendo la necesidad y el dolor humanos en fuente de enriquecimiento propio. *Le Monde Diplomatique* denunció en un largo artículo la negativa de todas las empresas farmacéuticas a liberalizar las patentes de vacunación de las vacunas, para facilitar su producción en países como India, sumido hoy en una enorme calamidad. Maldad que ya no es nueva, pues ocurrió algo similar con el SIDA. Además hemos asistido a la fría insolidaridad de países, como el actual gobierno de Israel, tratando de comprar más caras las vacunas, para inmunizar antes que nadie a los suyos (y solo a los judíos, no a los palestinos), y presumir después de eficacia. Ya en los comienzos de esta larga historia epidemiológica, cité una entrevista del gran Noam Chomsky, en la que afirmaba que... “el gobierno y las multinacionales farmacéuticas sabían desde hace años que existe gran probabilidad de que se produzca una grave pandemia. Pero como no es bueno para los beneficios prepararse para ella, no se ha hecho nada”³. Muchos más beneficios reporta luchar contra la pandemia cuando ya ha estallado. Chomsky

administración y consumo. Por lo que nuestro autor concluía: “Lo que siento dentro de mí y que veo en otros alrededor mío es una fuerte *nostalgia de la época en que existía la historia*”.

³ En *El Manifiesto*, en marzo del 2020.

merece confianza. Pero lo más destacable de esa denuncia suya es que, aunque no sepamos si es cierta, nos parece muy “razonable” y creíble.

Si, como suelen decir los teólogos: “los ídolos exigen sacrificios”, el mayor de todos esos ídolos que es el dios Mammôn (la riqueza privada) reclama los mayores sacrificios y la mayor insensibilidad ante ellos. Y precisamente una sociedad sin fe es una sociedad con fe en el dinero aunque pueda haber en ella muchos “cristianos anónimos” y personas con más fe que los creyentes. Pero es llamativo el detalle siguiente: san Justino dice de los primeros cristianos: “los que *amábamos por encima de todo el dinero*, ahora lo ponemos todo en común y damos parte al que está necesitado⁴. Se usa ese texto como apología de aquellos cristianos, y no reparamos en la frase subrayada: la sociedad no creyente genera una cultura que ama el dinero por encima de todo. Y esto no solo en la era del capitalismo salvaje sino desde siempre. Por eso hablaba Jesús del dinero como más falso dios. Y por eso enseña el Nuevo Testamento que “la raíz de todos los males es la pasión por el dinero” (1 Tim 6,10).

Pero este dato nos permite afirmar también que más que malos, los humanos somos sobre todo esclavos: esclavos bajo capa de libertad. Y por eso, por grande que sea, la maldad humana no lo es todo ni mucho menos. La pandemia nos ha enseñado otra cosa.

3. Bondad increíble.

En efecto, la pandemia ha puesto también de relieve las inmensas posibilidades de bondad y de amor que laten en los corazones humanos. El ejemplo de entrega desinteresada de muchos sanitarios (que algunos pagaron incluso con su salud), nos sacudió por unos días, aunque quizá ya lo hemos olvidado. Pero al menos hizo evocar a muchas gentes la doble insinuación de A. Camus en su famosa novela *La peste*: por un lado, la afirmación de que “en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio”; pero también

⁴ 1ª Apología, 14,2.

la insinuación de por qué esas cosas maravillosas solo aparecen “en las plagas”. La pandemia ha descubierto *unas posibilidades casi inéditas de igualdad y fraternidad, que son constitutivas de esa libertad que tantas veces utilizamos contra ellas.*

Durante estos días he recordado un dato insólito del cristianismo primitivo, del que dan testimonio las *Constituciones Apostólicas* (V, I, 3): en los primeros años del cristianismo en Roma, cuando las comunidades eran bien pobres, hubo cristianos que se vendieron a sí mismos como esclavos para poder sostener así a los más necesitados⁵. Poco después, esa práctica decayó cuando hubo conversiones de gente más acomodada, porque estos ponían sus bienes al servicio de los pobres. Esa entrega de la propia persona o la propia vida para ayuda de los demás, revela otra vez unas posibilidades inéditas de bondad que muchos vieron reverdecer y florecer en buena parte del personal sanitario, durante la covid 19.

Pues bien, esta triple dimensión humana: nuestra poderosa existencia como amenazada, nuestra naturaleza pervertida y las grandes posibilidades humanas de bondad y amor, son unas grandes lecciones de la pandemia, que (como insinuaba la encuesta con que abrimos este artículo) pueden fortificar y purificar nuestra fe, a pesar del escándalo del mal, y nos invitan a reexaminar el lenguaje sobre Dios.

Lenguaje y silencio sobre dios

Iría bien comenzar esta reflexión evocando un viejo texto de K. Rahner:

“Generalmente solo apelamos al misterio de Dios cuando nos hemos atascado en nuestra propia dialéctica, en lugar de concebir la teología como una iniciación al misterio de Dios, como la destrucción sistemática de todas las concepciones falsas y precipitadas de Dios, para que Dios amanezca cada vez más en nosotros (amanezca, no se oculte) como el verdadero y único Dios, al que no hay que confundir con ninguna imagen de Dios; que está presente precisamente como el incomprensible lleno de amor, que,

⁵ Ese dato lo evoca también la llamada Primera carta de Clemente. Pueden verse las citas en las páginas 163-64 del libro de varios autores: *De Jerusalén a Roma. La marginalidad del cristianismo en los orígenes.* Estella (Navarra), 2021.

olvidándose de sí mismo, se ha comunicado sí mismo en Jesucristo y en su Espíritu”⁶.

No sé si algo de esto pudo haber sobrevolado en una pequeña controversia sobre Dios, surgida hace poco en España, a propósito de un escrito de José María Castillo donde criticaba un libro de varios autores que pretendía hablar de “otro Dios posible”, descartando el binomio inmanencia-trascendencia. Castillo escribe que “la totalidad de la realidad no se agota en lo inmanente”. Sus opositores hablaban de “un Dios más allá de la oposición expresada por los términos trascendente-inmanente”, sin concretar qué quiere decir ese “más allá” entre los dos extremos. Castillo tachaba a esos autores de “sabiondos” y, aunque la expresión pueda resultar dura, sí creo que había en el escrito criticado algo de ligereza: en el sentido de que deforma lo que quiere atacar para poder atacarlo mejor.

En efecto: la imagen tradicional de Dios no ha sido (como pretende ese libro) la de un “Ente supremo y causal... dotado de atributos antropomórficos”. La definición tradicional del “Ser subsistente” (“*ipsum esse subsistens*”, más fuerte en latín), excluía precisamente y expresamente la representación de Dios como “Ente” por supremo que sea. Y aun así, ya desde el s. IV ha existido la llamada “teología apofática” (“no-hablante” podríamos traducir) que abogaba por el silencio dada la imposibilidad de todo lenguaje sobre Dios: lo que ocurre, no obstante, es que los humanos no tenemos otra forma de comunicación que el lenguaje. Pero la afirmación de Dios como “misterio fontal y eterno de todo”, reivindicada por los presuntos innovadores, es absolutamente tradicional.

Sí es cierto que esa imagen deforme del “Ente supremo” solía ser la de mucha gente sencilla y la de la religiosidad popular, la cual, a veces, no puede llegar a más en su capacidad de formular, aunque también, en su ignorancia, pueda ser mejor creyente que muchos sabios teólogos. La frase de la india

⁶ *Escritos de teología*, VII, 542.

boliviana que difundió Víctor Codina (“Diosito nos acompaña siempre”) tiene toda su profundidad en el verbo más que en el sujeto. Y quizá cumple aquello por lo que daba gracias Jesús de Nazaret: “escondiste estas cosas a los sabios y las has revelado a los pequeños”.

Ambas partes llegaron luego a un acuerdo fácil reconociendo la insuficiencia de todo lenguaje sobre Dios. Y este creo que puede servir para evitar el gran peligro de los fundamentalismos que hoy nos amenaza en todos los temas serios. Los fundamentalismos se caracterizan porque ponen por delante de cualquier reflexión serena la apelación a una presunta autoridad superior, que se presenta como autoridad de Dios o de la Ciencia pero, en realidad, es la autoridad del propio afán de seguridad. Por eso he dicho otras veces que lo más opuesto a la fe no es la increencia sino la obsesión por la total seguridad propia.

Sospecho además que el fondo último de esa polémica no era el lenguaje sobre Dios, sino el carácter de Jesús de Nazaret como revelación plena y definitiva de Dios, la cual se resume en el “a Mí me lo hicisteis” y en que quien me lo hace a Mí “lo hace al Padre”⁷ y, por tanto, en la opción por los sufrientes como pieza fundamental de la fe en el Dios verdadero. No sé si ambas partes olvidaron también que, bíblicamente hablando, la fe en Dios no es cuestión de mero conocimiento sino *de vida*. La revelación bíblica de Dios apenas dice nada sobre Su ser: revela más bien actitudes y conductas de Dios hacia los humanos. Dicho con el clásico lenguaje semita: Dios nunca “da su Nombre”, pero llama y promete. El tema de Dios no tiene que ver con la explicación del universo (salvo de manera accidental e insuficiente), sino con la auténtica plenitud y felicidad humana. Dato fundamental para hablar de Dios después de la pandemia⁸.

Pero si he evocado esta polémica es porque me parece que constituye un punto de partida espléndido para tratar hoy el tema de Dios y ayudarnos en las

⁷ Cfr. Mt 25, 31 ss, y Jn 14, 9-10.

⁸ Remito para esto al Cuaderno: *¿Dios?*, de Cristianismo y Justicia (n. 190).

reflexiones que siguen. Porque nos ayuda a situar los cuatro “puntos cardinales” de la mejor tradición teológica para cualquier lenguaje sobre Dios. Y que serían estos:

1) Tomás de Aquino dejó sentado al comienzo de su Suma Teológica que, de Dios podemos saber que es (que existe) pero no cómo es⁹.

2) Poco después, en el 1215, el cuarto concilio de Letrán declaró con solemnidad que de Dios nunca diremos nada con tanta verdad que no contenga una mentira mayor¹⁰. Si algo puede decirnos de Dios la razón es que: o es infinito o no es Dios. Y la pretensión de hablar del infinito con nuestra razón limitada lleva necesariamente a esa afirmación del Concilio de Letrán.

3) Precisamente por eso, el intento de superar el dilema inmanencia-trascendencia será siempre un intento fallido: Agustín de Hipona acuñó aquí otro principio memorable e insuperable: “intimior intimo meo et superior summo meo” (*Confesiones* III, 6, 11).

4) Por contradictoria que pueda parecer esa frase de Agustín, no hace más que poner en acto una advertencia de Ireneo de Lyon, hablando del Dios revelado en Jesús: hay cosas que no podemos decirles de Dios por su naturaleza, pero podemos decirles por su amor. Y añade que si inaccesible nos es su grandeza, también nos es inexplicable su amor (*Adv. Haer.* IV, 20, 1.4.5).

Tenemos aquí, si se me permite la expresión como “cuatro esquinas” (Tomás, Agustín, Ireneo y el Lateranense IV) que ningún lenguaje sobre Dios puede traspasar.

Creo no obstante que, en la Europa actual, la crisis religiosa está llevando a una búsqueda de lenguajes sobre Dios al margen de su comunicación en Jesús de Nazaret y orientados a la profundidad de la experiencia humana, echando mano para ello de lenguajes orientales enormemente simplificados. Y, como he dicho, este podría ser el verdadero punto de fricción entre J. M^a Castillo y sus amigos.

⁹ Cfr. I, q 2, a 2.

¹⁰ “non tanta similitudo quin maior sit dissimilitudo”: DH 807

Tratando (como enseñaba Ignacio de Loyola) de “salvar la proposición del prójimo”, podemos mirar esos lenguajes como un punto de partida. Pero la historia enseña que ese punto de partida pronto se verá superado, y abocado a la crítica que hacía Pascal de las herejías cristológicas: su error no está en la verdad que afirman, sino en no integrar esa verdad, con otras verdades que la matizan y la completan.

La enseñanza hindú de la “advaita” (no dualidad) no es en modo alguno rechazable: se ha dicho muchas veces que puede ser identificada con lo que el cristianismo llama presencia del Espíritu Santo en nosotros¹¹. Y tiene la ventaja de superar el planteamiento del tema de Dios como si fuera una cuestión científica. La ciencia humana no puede llegar hasta Dios aunque pueda postularlo como “explicación”: alguien tan poco cristiano como Voltaire veía la afirmación de la existencia de Dios como “evidente”. Pero por ahí no llegamos más que a la afirmación de lo que se llamó el “deísmo” (como opuesto al teísmo): existe un dios, que sirve para explicar la existencia de este mundo, pero con el que no tenemos absolutamente ninguna relación: llegaremos así a *una creencia* en Dios pero no a *la fe* en Dios.

En este sentido, la enseñanza del advaita tiene, como he dicho, su validez. Pero se la falsifica si no la hacemos compatible con una afirmación de “dualismo” entre Dios y la criatura, activando así la célebre definición de Nicolás de Cusa: “Dios es la armonía de contrarios”. De hecho, Etty Hillesum, a pesar del texto que acabo de citar, se dirige constantemente a Dios como interlocutor exterior.

Se evita así que la comprensible reacción contra un falso dualismo entre Dios y la criatura, vaya a dar un vago panteísmo que, a la larga, no se sostendrá. La tradición teológica conocía la expresión: “Dios y yo no somos dos, pero

¹¹ He citado otras veces estas palabras del diario de Etty Hillesum (*Una vida conmovida*): “dentro de mí hay un pozo profundo y ahí dentro está Dios. A veces me es accesible. Pero a menudo hay piedras y escombros taponando ese pozo y entonces Dios está enterrado. Hay que desenterrarlo de nuevo” (26 agosto 1941). La experiencia increíble de esta muchacha mártir de Hitler, me parece una de las mejores indicaciones que tenemos para renovar el lenguaje sobre Dios.

tampoco uno”. Y acuñó hace tiempo la palabra “pan-en-teísmo” que J. Zubiri comenta muy bien así: Dios no es trascendente **a** la creación sino trascendente **en** la creación¹². Y dije otra vez que ese panenteísmo debe ser completado con un “teo-en-pasismo” (Dios en todo y todo en Dios, a la vez).

Más aún: aunque no cabe mostrarlo aquí, creo que un estudio más serio de la religiosidad oriental, tanto en las Upanisads como en las diferentes tradiciones hindúes (Shankara, Ramanuja...), mostraría que también caben en el Oriente los matices antes aplicados al advaita¹³. La verdadera diferencia (como he dicho otras veces) y el verdadero peligro no está en la afirmación de la “interioridad” de Dios, sino en el olvido de la historia, como lugar de la revelación de Dios. En el Cuaderno citado en la nota 8 intenté mostrar cómo las tres experiencias de Dios: en la intimidad personal (típica del Oriente), en la naturaleza (típica de la Amerindia) y en la historia (la propia del cristianismo) se necesitan unas a otras y se falsifican si no van acompañadas de las otras dos: en el Oriente olvidándose de los parias, en América cerrándose al progreso técnico, y en el Occidente cristiano cayendo en una especie de “pelagianismo histórico” que falsifica el progreso y puede destruir la tierra.

Desde aquí es posible comprender también, y situar bien, la campaña promovida por el papa Francisco de oraciones para pedir el final de la pandemia. Debo comenzar reivindicando matizadamente el sentido de la oración de petición, frente a un amigo mío y gran teólogo, que se opone radicalmente a ella, argumentando que al pedir algo a Dios estamos poniendo en cuestión su misericordia. A veces podrá ser así; pero ese argumento muestra el peligro de no considerar todos los factores que intervienen en cualquier problema: también podemos decir que evitar la petición equivale a desconocer nuestra necesidad y la gratuidad de lo que pedimos. La misericordia de Dios se

¹² Cfr. *El hombre y Dios*, Madrid 1985, p. 175. Conviene leer todo el primer párrafo de esa página.

¹³ La frase típica de la no dualidad: “tú eres Aquel”, es completada así por el Kena-Upanisad: “quien cree conocer a Aquel, en verdad no le conoce. Aquel es comprendido por quienes saben que no pueden conocerlo, pues intuyen que es el Sujeto Absoluto”. En definitiva, como sostenía Pepe Castillo, el binomio inmanencia-trascendencia es insuperable.

convierte entonces en una especie de obligación divina y una cómoda manera de aprovecharnos de Dios. Prefiero pues el grito del Sirácida: “ten piedad de nosotros Dios del universo” (36,1), convencido de que quien así oraba, de ningún modo ponía en cuestión la piedad divina.

Situada así la petición, entenderemos fácilmente que cuando oramos por el final de la pandemia, no estamos pidiendo cómodamente que Otro trabaje por nosotros y “nos saque las castañas del fuego”, como dice el refrán castellano. Estamos pidiendo que el Espíritu de Dios en nosotros, se convierta en luz (que nos permita saber lo mejor que podemos hacer) y en fuerza (que nos ayude a llevarlo a cabo). Eso es lo que enseña san Lucas cuando, tras poner el ejemplo de cómo los hombres, aun siendo malos, oyen las peticiones de sus hijos, concluye: “cuánto más vuestro Padre Celestial, dará el Espíritu a quienes suplican” (11,13). Pedir algo a Dios no es pedir que lo haga Él por nosotros sino que nos ayude a hacerlo nosotros. Por desconocer esto, muchas peticiones, particulares y oficiales, se convierten en ritos vacíos. Y aquí sí que tiene razón mi amigo citado al rechazarlas.

Con esto espero que hayamos situado un poco mejor el insoluble problema del lenguaje sobre Dios. Y ahora podemos volver a conectar con lo antes dicho sobre el tema Dios en la pandemia y comprender la posible razón de todos esos creyentes (en gran mayoría cristianos) que, en la encuesta citada de los EEUU, confesaban que la pandemia había reafirmado su fe en Dios.

Nuestra situación tras la pandemia

La pandemia nos ha llamado a mirar cómo construimos la historia humana. Y esa mirada a la historia es lo típico de la revelación del Dios bíblico. Las tres experiencias descritas al principio: de insuficiencia de nuestro enorme poder, de maldad y de bondad, *son también auténticas experiencias de Dios: experiencias “no temáticas” (o: coexperiencias) por usar un lenguaje muy querido a K. Rahner; pero no por eso menos reales.*

Las afirmaciones (o mejor expresado: las tomas de postura) de que no somos una pasión inútil, de que la maldad no tiene la razón (por eso la llamamos maldad) y de que la entrega de la vida es lo más humano y merece la pena, son otra vez unas profesiones (no tematizadas) de fe, esperanza y caridad: eso que la tradición teológica llamó virtudes “teologales”: porque no solo se dirigen a Dios sino que son obra del Espíritu de Dios en nosotros. Quien de alguna manera más o menos consciente las ha vivido durante la pandemia es normal que sienta que su fe se ha fortalecido.

Creyentes o no, son muchas las gentes a las que la pandemia, al volverlos a la historia, les ha llevado a comprender y compartir el siguiente juicio de Geiko Müller:

“Si la ceguera actual de la humanidad la lleva a mantener sus actuales paradigmas culturales, científicos y económicos, las consecuencias para toda la vida que existe sobre la tierra serán catastróficas”¹⁴.

Ante esa situación, la esperanza cristiana, que brota de la fe y estructura al amor, sabe que puede acogerse a aquellas palabras de la revelación personificada de Dios: “tened confianza: yo he vencido al mundo” (Jn 16,33); y “a Mí me lo hicisteis” cuando ayudasteis al sufrimiento del hermano. Lo formulen así o no, este es el crecimiento que puede haber tenido la fe, en muchos de aquellos que reconocían ese crecimiento en la encuesta citada al comienzo del artículo.

Falta añadir, para cerrar estas reflexiones, que esa fe suele tener una difícil trayectoria que podemos ver personificada en Aquel que, siendo la comunicación más plena de Dios, es a la vez el “autor y consumidor de la fe” (Heb 12,1). Me permitiré pues retomar algo publicado en la prensa española sobre el paradigma jesuánico de esa trayectoria creyente:

¹⁴ *El Espíritu de Dios. Transformar un mundo en crisis*. Santander 2012, p. 28.

Si la plegaria es activación de la fe, deberá aparecer en los diversos momentos que marcan la trayectoria de la vida creyente. Y esos momentos podemos encontrarlos en la misma trayectoria terrena del Señor Jesús.

En efecto: la relación de Jesús con Dios, reflejada en lo que dicen los evangelios sobre su oración, puede esquematizarse en un proceso que tiene los siguientes cinco pasos:

1.- “*Abbá*”. La seguridad de que mi existencia es fruto del amor, no del azar. Y que puedo mantener una relación de plena intimidad y confianza con ese Origen. “Cuando queráis orar decid: *Abbá*” (cfr. Mt 6,9; Padre, pero con un tono de confianza y cercanía muy distinto del genérico “padre”). Por eso creemos que no somos una pasión inútil sino una pasión esperanzada.

2.- “*Yo sé que siempre me escuchas*” (Jn 11,42). Desde esa fe en Dios, brota la seguridad en la compañía y la ayuda de ese Origen amoroso. Que llevará a Jesús a gritar ante un cadáver: “sal afuera” (en versión del cuarto evangelio), o a gritar ante un endemoniado: “sal de ese hombre” (versión de los otros evangelios). Desde su confianza en la paternidad de Dios, cree Jesús que puede vencerlo todo: incluidas la muerte, y la maldad (el demonio) como expresiones de lo más opuesto a Dios.

3.- “*Abbá, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la Tuya*” (Mc, 14,32). Pero aquel Jesús tan seguro de la ayuda de Dios, atraviesa un momento en que se siente impotente y superado por la amenaza que ve cernirse sobre Él. Al decir “hágase Tu Voluntad” no está insinuando que su crucifixión es voluntad de Dios: está simplemente aceptando la decisión divina de respetar la plena autonomía y libertad de este mundo y de sus hombres a lo largo de la historia, aun con las consecuencias que esto pueda tener para Él.

4.- “*Dios mío ¿por qué me has abandonado?*” (Mc 15, 34). Aquí desaparece incluso la apelación de Padre. La confianza y la seguridad anteriores se eclipsan ante el aparente silencio de Dios, que calla mientras los verdugos se burlan instando a Jesús a que, si tanto creía en Dios, venga ahora Dios y le salve.

5.- “*Abbá, en Tus manos pongo mi vida*” (Lc 23,46). Desde esa sensación de abandono, un misterioso salto a la confianza a pesar de todo, recuperando la paternidad de Dios y, con ella, la pretensión de toda su vida: que, desde esa paternidad divina, es posible el reinado de la fraternidad y la igualdad entre los humanos. Me atrevo a confesar que ese salto desde el abandono de Dios a las manos del Padre, ha sido un factor decisivo a la hora de estructurar mi reflexión teológica.

Este proceso, cuyo autor y consumidor es Jesús, ejemplifica o tipifica toda relación con Dios, en cualquier vida creyente. Curiosamente, es posible percibir una trayectoria similar en la historia del pueblo del Primer Testamento: a la llamada prometedora “*he oído el clamor de mi pueblo y voy a bajar a liberarlo*”, le sigue una puesta en marcha que permite incluso atravesar el mar a pie enjuto mientras los perseguidores se hunden en las aguas: “*el Señor ha hecho cosas grandes... sublime es su victoria*”. Luego, la dura travesía del desierto viene a ser el Getsemaní de aquel pueblo que ya no se comporta con la misma docilidad de Jesús, sino que termina preguntándose: “*¿está Dios con nosotros o no?*”. Hasta que el abandono de Dios parece hacerse bien visible en *el destierro y la caída de Jerusalén*, contra la certeza de que Sión nunca iba a ser tomada. Y es en el exilio y en el regreso del exilio, donde resuena un “*Consolad a mi pueblo*”, que recupera aquella confianza destrozada¹⁵.

Más clara en la vida de Jesús y (lógicamente) más compleja y abigarrada en la historia del pueblo, la trayectoria de la fe en Dios parece ser la misma. Y lo será también en nuestra fe personal. No tan esquemática ni tan lineal como la he pintado aquí, pero con los mismos ingredientes. Incluso, algo de estos procesos puede percibirse también a veces en las relaciones de muchos hijos con sus padres.

Finalmente, a la entrega de la vida de Jesús corresponderá la donación por Dios de Su misma Vida divina, en la resurrección de Jesús. Así se descubre

¹⁵ Cfr. Ex 3,7; Ex 15,1; Ex 17,7; 2 Re 25 ; Is 40, 1ss.

que Dios estaba presente ya en aquel presunto abandono: que fue “por el Espíritu” (Hebreos 9,14) como Jesús pudo entregar su vida.

Ojalá esto ilumine algo nuestra vida de fe. Y ojalá ayude a situar nuestra fe ante los “getsemanís” de la pandemia, ayudándonos a convivir, a la vez, con nuestro poder y nuestra fragilidad y confirmándonos en que no es nuestra fuerza, sino nuestro amor y nuestra entrega, lo que verdaderamente nos realiza como hijos de Dios.